

casi iguales á las que nuestro digno y noble Vice-Almirante Lagraviere recibió del gobierno de V. M., se vería en el sensible caso de no poder coadyuvar á la realizacion de las miras de V. M. I. si ellas fuesen realmente las de levantar un trono en este país para sentar en él al Archiduque de Austria. A mas, tengo la profunda conviccion, Señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos, y es lógico que así sea, cuando aquí no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España y si solo en las de los vireyes que gobernaban cada uno, segun su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos segun las costumbres y modo de gobernar á los pueblos en aquella época ya remota. La monarquía, pues, no dejó en este suelo ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa, cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos; ni dejó intereses morales: ni dejó nada que pueda hacer desear á la generacion actual el restablecimiento de la monarquía que no conoció, y que nadie ni nada le ha enseñado á querer y venerar.

»Por lo dicho y por otras razones que no se pueden ocultar á la elevada penetracion de V. M. I., comprenderá que la opinion inmensamente general en este país, no es ni puede ser monárquica; pero si la lógica no bastara, bastará á demostrarlo el hecho de que en dos meses que las banderas aliadas ondean en la plaza de Veracruz, ni hoy que ocupamos los pueblos importantes de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, en donde no han quedado fuerzas mejicanas ni mas autoridad que la civil, ni monárquicos ni conservadores han hecho la menor demostracion, siquiera para hacer ver á los aliados que tales partidarios existen.

»Hasta fácil le será á V. M. conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey, pero este rey no encontrará en el país mas apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder y piensan en ello hoy que están dispersos y vencidos y emigrados.—Algunos hombres ricos admitirán tambien al monarca extranjero, siendo fortalecido por los soldados de V. M., pero no harán nada para sostenerlo el dia en que este apoyo llegara á faltarle, y el monarca caeria del trono elevado por V. M. como otros poderosos de la tierra caerán el dia en que el manto imperial de V. M. deje de encubrirlos y de esudarlos.»

No habiéndose enviado de Cuba á Prim los buques que pidió, aceptó los ingleses, y él se embarcó en el vapor de guerra español *Ulloa*: recibióle friamente en la Habana; censuró á su vez el comportamiento que con él habian tenido las autoridades de Cuba; comprendió que tenia en su contra la opinion pública; menos para la Reina, se hizo para casi todos los demás esta cuestion de partido cuando era nacional, y O'Donnell, dejándose guiar por la corriente, llevó á S. M. el decreto desaprobando la conducta del conde de Reus. No queriendo poner al duque de Tetuan en el caso de dimitir si no firmaba el decreto de que sabia era portador, salió el Rey al encuentro del presidente del Consejo, y le dijo: «Bien venido seas. La Reina te espera impaciente. Suponemos que vendrás á felicitarnos por el gran acontecimiento de Méjico. Prim se ha portado como un hombre. Ven, ven; la Reina está loca de contento.» Y aquella señora con su característica vivacidad, le dijo: «¿Has visto qué cosa tan buena ha hecho Prim?» Los mensajeros que este envió, la habian informado de todo.

O'Donnell se adhirió al sentimiento de la Reina; arrostró en ambas cámaras ataques mas apasionados que lógicos; se retiró el representante de Francia en Madrid, haciendo lo mismo Mon que nos representaba en Paris; se envió despues al marqués de la Habana, al que dijo el Emperador que «de la Reina de España dependia solo el conservar un aliado sincero y leal en S. M. imperial;» y dió al fin Napoleon las explicaciones que satisficieron al gobierno español, aunque guardando resentimientos al general Prim, que no tardó en ver cumplida su profecía respecto á la monarquía impuesta á Méjico.

Por este tiempo se suscitaron, ó mas bien se agravaron

pequeñas diferencias con el Perú y Chile; se ocuparon las islas Chinchas, productoras del guano que constituye la principal riqueza de aquella república, aunque se devolvieron á poco, cesando el estado de hostilidad que con ella existia; no tuvieron tan buen término las negociaciones con Chile, en las que no estuvo acertado ni oportuno nuestro negociador el señor Pareja, enviando el memorial de agravios pidiendo satisfacciones, el mismo dia en que Chile celebraba el aniversario de su independencia, hiriendo en lo mas vivo el sentimiento nacional. Se rompieron las hostilidades apresando los chilenos la goleta *Covadonga*, por lo que se suicidó el general Pareja, dejando escrito que no se arrojara su cadáver en las aguas de Chile, reemplazándole el brigadier don Casto Mendez Nuñez, que vengó la pérdida de aquel buque, y bombardeó á Valparaíso; Perú declaró la guerra á España, aliándose con Chile, y pelearon bien la *Villa de Madrid* y la *Blanca* en el canal de la isla de Abtao contra las fuerzas navales combinadas de Chile y el Perú.

Al participar Mendez Nuñez este combate, que, si bien no fué decisivo por las graves dificultades que impidieron á nuestras fuerzas penetrar en aquella localidad, inauguró bien las operaciones y acreditó á los comandantes de ambos buques señores Alvargonzalez y Topete, contestó el ministro de Marina general Zavala celebrando que se atacara á los enemigos, y que, «si concluida esta operacion se hubiera dirigido Mendez Nuñez al estrecho de Magallanes á esperar el paso del *Huascar* é *Independencia*, echando á pique al primero y pasándolo por ojo con la *Numancia*, y abordando al segundo con cualquiera de las fragatas, por no tener la *Independencia* blindadas sus extremidades ni su cubierta alta, habria coronado de un modo glorioso una empresa confiada á su talento y demás circunstancias que le distinguian.» Las instrucciones que además se le daban, eran terminantes y belicosas, sin que ofrecieran la menor duda, extrañándose el ministro de la tardanza en el cumplimiento de ellas, impaciente como estaba de que se verificara un acto de que pudiera enorgullecerse nuestra marina y honrarse España. Ya habia dicho antes tambien el mismo ministro que no acertaba á explicarse que Mendez Nuñez, teniendo oportuno y seguro aviso por el que le constaba que la *Union* y *América*, corbetas peruanas, que antes habian debido su salvacion, perseguidas por la *Numancia*, al tiempo que esta perdió por el recalentado del cojinete de la chumacera central del eje del hélice, hacian rumbo despues de Iquique al Sur, pasando por consiguiente á la altura de Valparaíso, no pusiera inmediatamente en movimiento las fuerzas necesarias para apresarlas, desperdiciando así una ocasion tan favorable para reivindicar nuestra dignidad ultrajada.

Despues del bombardeo de Valparaíso, se componia la escuadra del Pacífico de la fragata blindada *Numancia*, y las de hélice *Villa de Madrid*, *Almansa*, *Resolucion*, *Berenguela* y *Blanca*, con la goleta *Vencedora* y algun vapor transporte, además de varios mercantes consagrados á depósitos de carbon y otros servicios. Con esta escuadra fué Mendez Nuñez al Callao, cuyo puerto bloqueó anunciando su decision de bombardearle; apresó algunas embarcaciones peruanas, y el 2 de mayo—1866—como si pensara solamente en contestar á los que habian criticado se atacara á Valparaíso, donde no habia fortalezas, por permitir las leyes de la guerra atacar al enemigo por la parte mas flaca, decidióse á hacerlo en el fortificado Callao, y presentó el pecho de los españoles ante las baterías y torres de los peruanos.

Estos habian construido excelentes baterías bien artilladas y una magnífica torre blindada con dos monstruosos cañones Armstrong que arrojaban proyectiles de 300 libras.

Dada la señal de zafarrancho por la *Numancia*, marcharon todos los barcos silenciosa y ordenadamente, victoreados por los extranjeros á quienes asombraba ver ir naves de madera á atacar fuertes blindados. Un ¡viva la Reina! y un cañonazo de la *Numancia* anunciaron el principio del combate, adelantándose majestuosamente y sin hacer fuego la *Villa de Madrid* á ocupar su puesto; entonces recibió uno de aquellos proyectiles, que inutilizó á 40 hombres y la máquina, no impidiendo esto que contestara con sostenido fuego hasta que

la retiró la *Vencedora*. Salieron también de la línea la *Beren-gueta* á reparar averías, la *Blanca* por agotadas sus municio-nes, y la *Almansa* por un incendio que se dominó; siguió el combate; fué herido Mendez Nuñez y algunos otros oficiales; se voló la Torre peruana; se apagaron los fuegos de casi todos los cañones enemigos; pero ya no disparaban nuestros buques y lo seguía haciendo una batería de tierra, como proclamando la victoria y el dominio del sitio de la batalla.

En aquel combate á pecho descubierto, sin poder ser los disparos de los buques tan certeros como los de tierra, por lo que fué menor la pérdida de los peruanos, tuvo nuestra es-cuadra cerca de 200 bajas entre muertos, heridos y contusos.

Unos y otros combatientes se atribuyeron la victoria, fundándola los peruanos en que los últimos disparos fueron de sus cañones, y en que la escuadra española no repitió al si-guiente día el bombardeo hasta apagar enteramente los fue-gos peruanos.

Mendez Nuñez manifestó la imposibilidad de continuar el ataque, no tanto por lo que padecieron los buques, como por el estado de salud de la tripulación, á cuyo restablecimiento atendió, marchando unos á Río Janeiro y otros á las islas del archipiélago de Otahiti.

Pudo sin embargo haberse repetido el ataque, y debió re-petirse al día siguiente por la *Numancia*, *Almansa*, *Blanca* y *Resolución*; y este segundo ataque, por los términos en que hubiese sido contestado, habría dado la medida del esta-do en que había quedado el enemigo, siendo mas que proba-ble que esto fuera lo que proporcionara la *victoria verdadera y completa*. La retirada de los buques de la batalla antes de apagar totalmente los fuegos enemigos, motivó la jactancia del Perú, no desprovista de fundamento, de que era suya la victoria, porque habían hecho retirar maltrechos á los buques, y que envalentonados con su presumido triunfo, lanzasen aquella noche un torpedo desde la isla de San Lorenzo, que ocasionó una noche toledana, con los movimientos á que obligó á casi todos los buques para evitar el encuentro con aquel objeto desconocido en su forma y presumido en su esencia.

Aunque retrocedamos algun tanto en la narración, importa para el cabal conocimiento de algunos hechos; exponer ante-cedentes que son notables. El pavor que infundió á la corte la revolución de 1854, convirtióse á poco en conspiración contra las ideas que representaba. Disgustóse la Reina con los pro-gresistas, é inclinado el Rey á la reconciliación de la real familia, creyendo con esto evitar la guerra civil con que ame-nazaban los carlistas, comisionó á don Eugenio de Ochoa, que vió en la tarde del 10 de febrero de 1855 á don Antonio de Arjona, diciéndole iba de parte del Rey, para efectuar una entrevista, pues «conocían SS. MM. los peligros que les ro-deaban, y deseaban encontrar un medio de reconciliación para ser así mas fuertes contra la revolución que amenazaba disol-verlo todo.» Verificóse la conferencia en el régio alcázar; ma-nifestó el Rey «que bajo la base de respetar los derechos de la Reina, quería la reconciliación para oponerse todos al ene-migo común, con cuyo designio había tenido con el conde de Montemolin una larga correspondencia antes de su matrimo-nio, de la cual no se había hecho un uso prudente, ocasionán-dole con posterioridad graves disgustos, cuando su objeto no había sido otro que el evitar que un extranjero, aun cuando fuera Borbon, ocupase el trono de España, considerando que su primo debía ser preferido á él, y en vista de su negativa absoluta se decidió al matrimonio para servir por lo menos de obstáculo á males que de otro modo hubieran ocurrido; que el mayor peligro estaba en los carlistas, á quienes creía ayudaba Napoleon, y que combatir el trono de la Reina era destruir la dinastía borbonica.» No quedaron bien parados en la conferencia Olózaga, O'Connell, O'Donnell, Espartero y algun otro, por expresiones vertidas contra la Reina; expuso que esta señora no estaba dispuesta á firmar la ley que declarase la libertad legal de conciencia, haciendo entonces un llama-miento á los monárquicos católicos de todos los partidos, y preguntó si los carlistas le seguirían. Convino en que para todo ulterior resultado, tenía que mediar la reconciliación, y redactó Ochoa una nota que aprobada por el Rey, se envió á

Montemolin, consignando en ella: «1.º SS. MM. doña Isabel y don Francisco de Asís conservarán los honores que hoy disfrutan.—2.º El conde de Montemolin gobernará la nacion bajo la denominación de Carlos VI.—3.º La princesa Isabel será la prometida esposa del hijo primogénito del conde de Montemolin.—4.º Si el conde de Montemolin no tuviese hijo varon, la princesa casará indispensablemente con el primogé-nito del señor infante don Juan: en ambos casos, los futuros esposos se titularán segundos Reyes Católicos, y tendrán iguales derechos.—5.º El señor conde de Montemolin abdicará la corona cuando el presunto heredero tenga 25 años.» Se concertaban otros enlaces, se confirmaba en sus empleos, gra-dos y condecoraciones, á los que habían militado bajo una y otra rama de la real familia, y verificada la concordia, se con-vocárian unas Cortes, segun costumbre antigua de España, para el arreglo definitivo de sucesion de estos reinos.

Montemolin envió desde Nápoles otras proposiciones idénticas en lo esencial; y ocurriendo entónces el fallecimiento de don Carlos María Isidro, padre de aquel, escribióle el Rey don Francisco una carta—17 de marzo de 1855—dándole el pé-same con sentidas frases, y le decía: «Yo, á lo menos, experi-mento hoy con mayor vehemencia que nunca una gran tristeza al considerar el apartamiento en que vivimos hace tantos años con pesar y daño mutuos, contrariando así por fatales com-PLICACIONES de un interés mal entendido, los impulsos del cariño y las leyes de la naturaleza. Tú sabes que estas ideas de concordia y amor, no son nuevas en mí; y que por mas que esta dolorosa ocasion no sea propicia para tocar ciertas ma-terias por el estado de aficcion en que estará tu ánimo, no puedo menos de recordarte el contenido de mis cartas ante-riores, y de rogarte que lo medites seriamente, en la nueva situacion en que te ha colocado la desgracia. Los sucesos po-líticos caminan por una pendiente muy peligrosa, tú lo sabes. Nuestras discordias de familia, aprovechadas con pérfa ha-bilidad por los que tanto en tí como en nosotros, no ven mas que obstáculos á sus planes de innovaciones funestas para España, nuestra patria comun, podrian muy bien, si te dejases engañar por ellos, alentarlos en la esperanza de una victoria que nuestra union sincera haria imposible. Por eso, y solo por eso, créme á mí, ponen tanto empeño en que vivamos desunidos.—Consulta tu corazon como yo consulto el mio, y si él te dice de acuerdo con tu claro entendimiento, y con las lecciones de la experiencia, que en la deshecha borrasca por que todos estamos pasando, solo la union de nuestra familia puede consolidar nuestra dinastía y alejar de España horribles males, ten por cierto, querido Carlos, que en la Reina y en mí hallarás siempre el mas cordial deseo de poner término á esta situacion tan peligrosa y violenta, salvando hasta donde sea posible el decoro y el interés tuyo y de tus hermanos.

Don Carlos Luis contestó desde Trieste—29 de marzo—entre otras cosas, lo siguiente: «No tengo mas que repetirte lo que te hice decir en respuesta á tu carta del 15 de febrero, á saber, que estoy resuelto á hacer cuantos sacrificios sean compatibles con mi honor y mi conciencia, porque deseo de veras la reconciliación de mi amada familia, objeto el mas caro de mi corazon y sin excepcion alguna.

Te aseguro que me afecta extraordinariamente el estado ac-tual de cosas en España, y no menos la situacion en que se encuentra la familia, y particularmente tú y mi querida prima, y que anhelo ardentemente contribuir al bien general y al tuyo particular y al de Isabel. El día en que vea reali-zada la union de todos con vínculos indisolubles, será el mas afortunado de mi vida.»

Esta contestacion y la nota que la acompañaba, la entregó Arjona al Rey en presencia de Ochoa, reiterando S. M. su deseo de llegar pronto á una buena inteligencia, cumpliendo así lo que manifestó su madre y le encargó en sus últimos momentos. En las dos horas y media que duró la conferencia, insistió el Rey en que era preciso combatir la revolución, sin que por esto quisiera que imperase el despotismo, pues deseaba la publicidad, como correctivo contra las arbitrariedades del poder, considerando lo mas cómodo gobernar sin respon-sabilidad; acusó á los moderados de conspirar contra la Reina,



FRACATAS DE MADERA Y BLINDADAS: BLANCA Y NUMANCIA.